

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 30 DE ABRIL DE 1922

NUM. 19.732

CUENTOS  
ESPAÑOLES

## EL CHEQUE

POR CRISTOBAL  
DE CASTRO

### Una Misión científica

Se puede, maestro?

—Adelante, querido Fouquet. Qué, ¿no estaba el ministro?... ¡Claro!

—Estaba...; pero en conferencia con el presidente. Esto de la Misión científica preocupa al Gobierno, por lo visto.

—Pues calcule si nos preocupará a los que formamos la Misión. Es una responsabilidad científica y patriótica que no nos deja. Esta mañana, mis colegas de expedición, Lesage y Guillermin, estaban que se les podía ahogar con un papel. Por supuesto que la canallada...

—¿Qué canallada?

—¡Ah! Pero ¿no lo sabe usted? ¡La de Inglaterra! Prepara otra Misión embozadamente. Intenta anticipársenos, como buena aliada. ¡Pásmese, Fouquet! ¿A quién cree usted que envían los ingleses? ¡A Richmon!

—¿A Richmon? Pero si está loco, maestro. Si cuando nos visitó en abril...

—¡Loco perdido; y me lo envían, en Misión científica, nada menos que al Senegal! Ahora que caigo: ¿vió usted en el ministerio cómo anda nuestra documentación?

—Faltan detalles, menudencias. Unos sellos. Dos o tres firmas. Nada. Según el secretario, embarcaremos dentro de seis días en el acorazado *Gambetta*...

Al oír lo del acorazado, el doctor Latour, dando un brinco, se puso en pie. Toda su larga humanidad de espátula con lentes de oro, chaqué «de cola de pichón» y espaldas curvas, iniciando la joroba, se erizó, entre protestas bruscas.

¿Cómo en el acorazado *Gambetta*? ¿Acaso él, Latour, era uno de esos tráfugas, miembros del Instituto, que aceptan la tercera República con sus ridículos ceremoniales de monarquía vergonzante?

—Pero, maestro... Es la tradición. El mismo Monge embarcó en un crucero con Bonaparte...

—No me hable de Bonaparte, Fouquet. Ni de Monge, que era un pavo real. ¡Los acorazados, para la guerra!

—Pero... si todos los países conducen sus Misiones científicas en acorazados. ¿Cómo fué la italiana del duque de los Abruzzos? ¿Y la noruega de Dofrein? ¿Y la americana de Percy? ¿Y la alemana de Oton Bauer?

Dudó el sabio, expresando sus incertidumbres en un nervioso restregar del pañuelo por sus lentes de oro, que le temblaban en la mano. Fouquet, haciéndose el distraído, tamborileaba con los dedos en el cristal de una retorta. Esperaba, según costumbre, la total sumisión del maestro. Sonreía con la malicia del fuerte que se finge débil. Pero, en el fondo, tenía cierto miedo. ¿Y si de pronto el sabio se negaba rotundamente a embarcar? Cesó el tamborileo de los dedos que se agarraron de ira. ¡Tres años de preparación, y, en vísperas del éxito, la derrota! Miró al doctor a hurtadillas, rencorosamente. Repitió, como

un estribillo suplicante, con voz opaca:

—Pero si todos los países, maestro... Todos, todos...

—Bueno, hombre. ¡No se aflija usted! Embarcaremos en el *Gambetta*. Pero conste que no me rindo al Gobierno, sino a la Ciencia y a la Patria. Ahora, Fouquet, a empacar cacharros y libros. La expedición durará seis meses, y hay que prevenirse de todo. Por cierto que

desvivía con los sabios, organizando esas graciosas fiestas de barcos de guerra en que, por falta de mujeres, salen marineros peludos, disfrazados de japonesas o de españolas, luciendo kimonos o garbeando las mantillas...

Fouquet, secretario de Latour, se adueñó de los sabios, captándose las vivas simpatías de los marineros. Fué una sutil labor de adulaciones, oficiosidades

riberas del Senegal hasta Bakai, aventuróse por los límites de Kasambara, hacia la derecha del camino que immortalizaron Stanley y Liwinstone.

Acamparon de noche a la entrada de un bosquecillo de palmeras, a la luna, que, llena y roja, parecía un sol. Clavadas las estacas, armadas las tiendas, preparados los lechos, encendieron una fogata de ramajes y se tendieron a dormir. Un senegalés, alto y fino, con el fusil al hombro, se paseaba, vigilando. De cama a cama dialogaban, muertos de sueño, Fouquet y el doctor.

—Fouquet...

—Maestro...

—¿Está usted muy rendido?

—Estoy muerto, materialmente. ¿Y usted? Hemos andado veintiséis kilómetros. Necesitamos descansar. Duérmase.

—¿Y esos aullidos?

—Son chacales. Duérmase. El centinela es de confianza...

Aullaban los chacales. Un vientececillo fresco alisaba el ramaje de las palmeras. El senegalés, paseando, cantaba una canción de amor. Poco a poco, rendidos, se entumecieron en un estado de somnolencia y pesadez, que les impedía moverse...

### Un superviviente

El general Dufresne, gobernador de San Luis, jugaba, luego del almuerzo, su diaria partida de ajedrez con fray Antonio de la Misericordia, procurador de los Capuchinos de Africa.

Por la ventana, abierta, se veían las frondosas palmeras del jardín. Un negro, en camiseta a rayas, dirigía la manga hacia un macizo de rosales. Dos ordenanzas, de uniforme, paseaban en un cochecillo, tirado por un avestruz, a los niños del general.

El calor era sofocante. El general, con la guerrera de hilo francamente desabrochada, mordía el puro, mientras tanteaba un salto de caballo.

—Padre, esa reina está en peligro...

—¿En peligro, mi general? Lo veremos...

—Vaya si lo veremos. ¡Jaque a la reina!

—No puede ser. La tengo defendida con la torre...

—¡Caramba! ¡Y es verdad! ¿En qué estaría yo pensando?

De repente, se oyeron gritos. El capuchino, en sobresalto, fué a la ventana. El general, con un arfil en la mano, preguntó sosegadamente:

—¿Qué es?

Rápidamente, el negro jardinero y los ordenanzas corrieron en tumulto a la verja. Un hombre, el traje roto y los cabellos erizados, se esforzaba por entrar.

—Abridle—dijo el general desde la ventana. Y abrochándose la guerrera, descendió al jardín.

Cuando llegó a la verja, el hombre estaba desvanecido en brazos de los ordenanzas. El general reconoció a Fouquet.

### ARTE ESPAÑOL CONTEMPORÁNEO



EL SANTERO.—CUADRO DE GABRIEL MORCILLO

será preciso proveerse también de camisas y algún dinero, como aconsejaba el ventero a don Quijote...

### Estampa senegalesa

El *Gambetta*, llevando la Misión científica, zarpó de Tolón, haciendo las escalas protocolarias de Argel, Tánger y San Luis de Senegal, siendo en todas ellas festejado por las autoridades y colonias francesas.

La tripulación—desde el veterano comandante Pantin, gordo y risueño, al último de los grumetes de escalilla—se

y actividades, que comenzó en Tolón, al embarque, y terminó al desembarcar en San Luis, entre aclamaciones de negros de factoría y acordes de una «Marsellesa» en tono senegalés.

Tras descansar algunos días, durante los cuales se perfilaron ciertos detalles de transporte, cocina e instrumental, dividióse la expedición en sus tres ramas de medicina, geografía y entomología, mandadas, respectivamente, por Lesage, Latour y Guillermin.

Nuestro doctor, con su secretario Fouquet, dos acemileros y un guía, salió de San Luis por Dagana, y, remontando las



Venia destrozado, espantado, cubierto de polvo, con sangre en las mejillas y en los brazos. Transportado a un lecho del general y reconfortado por un ponche, pudo, al fin, contar su odisea.

Llevaban dos semanas de exploración. Habían remontado el curso del Bakai, en su confluencia con el Nitra, levantando tres planos rectificadas, y estaban satisfechos de su labor. El maestro, alegre y locuaz, recitaba ante el guía y los camelleros, señalando al bosque, magníficas estrofas de Hugo:

La forêt, comme agrandie,  
par les feux et les zéphirs,  
avait l'air d'un incendie  
de rubis et de saphirs...

El, Fouquet, destapando una botella de Clicquot, brindó, en el fúlgido anochecer del Senegal, por las nobles glorias de Francia. De pronto, un remolino de polvareda, gritos, caballos a galope. Fué cosa de segundos. Escapó, espoleado por el terror, en una fuga temeraria por el bosque, sintiendo a cada instante los aullidos de aquella turba. Dos días con dos noches permaneció oculto, sin comer, sin dormir, en la ansiedad más espantosa. Al cabo, no pudiendo más, descendió el curso del Bakai, ganó las tierras de Domira, y allí estaba, enfermo y herido, llorando la memoria de su maestro...

El general y el capuchino, impresionados, le veían llorar, abrazado a las almohadas, en una convulsión delirante. Solicitos, le consolaron paternalmente. Luego, viéndole más en calma, ordenó el general una expedición, en busca del doctor y su escolta, mientras el capuchino, ferviente, impetraba el favor de Dios.

De allí a tres días regresaba la expedición con el cadáver del doctor, medio comido por las fieras y aves del desierto. Tenía los vestidos desgarrados, y sobre la nariz, sin carne, relucían macabramente los lentes de oro. Poco después, repuesto de su enfermedad y aliviado de sus heridas, Fouquet volvía a Francia, a bordo del paquebote *Normandie*...

#### El cheque

Durante varios días, los periódicos conmovieron a la opinión relatando el drama africano. La ciencia de Latour y las misteriosas circunstancias de su muerte ocupaban columnas y columnas. Hubo veladas necrológicas en las Academias, interpelaciones en las Cámaras, polémicas en los diarios y disputas en los cafés.

Luego, aplacado por el tiempo y el olvido, el drama desapareció de la faz pública.

Pero un día llegó a París un enviado del general Dufresne, trayendo los vestidos y documentos hallados en el cadáver del doctor. Y el sobrino de éste, José Jacobo, único pariente y heredero, presentóse en el ministerio, reclamándolos.

Entre los documentos halló un cheque de trescientos cincuenta mil francos, extendido por el Banco de Argel contra el Crédito Nacional, de París.

José Jacobo presentóse en las oficinas. El empleado le devolvió el cheque, diciendo:

—Es nulo. Está cobrado ya.

—Imposible. ¿Cuándo? ¿Por quién?

—Vea usted. Hace dos meses. Endoso del doctor Latour a favor de Enrique Fouquet...

Descubierto así el crimen, la Policía, ya en la pista, capturó al asesino una tarde, en las carreras de Auteuil, cuando, elegante y sonriente, dialogaba con una bella actriz del «Michel»...

Cristóbal de CASTRO

## Impresiones de un lector

### Una mala mujer

ALFONSO Hernández Catá ha alcanzado verdadera maestría en ese género intermedio entre las actuales acepciones de las palabras *cuento* y *novela*, que los franceses llaman *nouvelle* y al cual correspondería exactamente el nombre de novela, conforme a su sentido original e italiano, inmortalizado, en su forma española, por Cervantes.

Acaba de publicar Hernández Catá una nueva colección de «novelas». La titula con el nombre de la primera: *Una mala mujer*. La brevedad de casi todas esas composiciones debería encasillarlas entre los cuentos; pero su intensidad latente les da categoría de *novelas*. La unidad interna del volumen está constituida por el tono característico en la visión del autor: la sinfonía «en negro», el acecho de la fatalidad trágica sobre la vida del «agonista». Acaso esa ley de unidad sea conseguida a costa de alguna monotonía tendenciosa, y el alma del lector se abra, en algún momento, a un anhelo de compensación optimista, una sed de victoria humana. No olvidemos que la tragedia clásica se fundaba sobre un optimismo final, una norma de belleza armónica; y que la coronación triunfal del hombre (aunque fuese más allá de la muerte) completaba los ciclos trágicos.

Esa tonalidad severa y adusta reviste las novelas de Catá de una profunda «voluntad de nobleza». Su obra maestra continúa siendo aquella narración unificada por el recuerdo de las maldiciones bíblicas, *Los muertos*. Por cierto que uno de los más penetrantes fragmentos del nuevo volumen, *El hermano*, es un producto de la misma inspiración. Quie-

ro señalar también la psicología de una nueva encarnación de Yago, en el cuento titulado *La verdad*. Otro contraste de la vida humilde con una predestinación trágica vemos en el protagonista de *Los inseparables*, que me ha traído el recuerdo de un cuento de guerra de Alfonso Daudet, *El turco de la Commune*, no porque haya entre ellos otra semejanza que la dolorosa ironía del héroe inconsciente. También el cuento *La bandera* despierta la reminiscencia de otro de los que incluyó Daudet entre sus *Contes du lundi*, el que tituló *El sitio de Berlín*; siempre sin detrimento de la personalísima originalidad de Catá, porque aquellos recuerdos se forman únicamente en la mentalidad del lector, y no están infundidos en la objetividad de la obra. Notemos también, de paso, la intencionalidad simbólica, bien resuelta, de *Ascensión*. Algún otro cuento, en fin, como *El Fantasma*, inicia una solución melancólicamente optimista, no exenta del amargor de las heces...

Pero la mejor composición del libro es la última, *La institutriz*. El fondo ético y el estético se juntan en ella con perfecta armonía, y el sentimentalismo de la acción, pródigo en el don de lágrimas, no es obtenido a costa de la dignidad artística. El asunto interior es la pasión maternal; y la heroína de la narración podría ser una supervivencia de la mujer que por su abnegación se revela como madre, en el juicio salomónico.

### Maravilla y La Hiel

Alberto Insúa me envía un volumen de sus obras completas, en el cual se comprenden las novelitas *Maravilla* y *La Hiel*. La primera me era ya conocida en

su edición de la biblioteca Estrella; pertenece a la manera del autor, que podríamos llamar idílica, reencarnación de la novela romántica, o acaso de aquella trasplantación de romanticismo en los moldes naturalistas, a que se debió la *Chérie* de Edmundo de Goncourt.

La segunda novela transcurre en un mundo exótico. El estilo mismo se adapta a una tonalidad romanesca. Por momentos, parece que ha influido sobre el autor el recuerdo de alguna terrible violencia de nuestras luchas sociales españolas... El tipo más intensamente resuelto de la obra es otra especie de Yago, espíritu diabólico, encarnación del mal sin matices, a la manera melodramática, si se quiere, cinematográfica.

### Un Communard

M. Léon Deffoux me remite su novela *Un Communard*, editada en la Biblioteca de la revista *Les Marges*. Curioso retrato psicológico; carácter «intenso», propiamente «caricato»; alianza de heroico y grotesco; versión del vino añejo de la heroí-comicidad épica en los odres nuevos de un estilo grácil y alado. He aquí un personaje que parece una inversión sarcástica de Don Quijote; lejana parodia de una parodia.

### El último día de la Ciudad

Abraham Polanco ha reunido en este librito unos artículos de propaganda alegórica, penetrados de exaltación de los humildes. El artificio previo del estilo que el autor ha querido sostener daña a la perfecta comprensión del alcance intencional de algunas páginas. La forma «profética» es muy difícil de avivar con la indispensable efusión viva del sentimiento. Lo mejor del libro es la nobleza de la volición y el espíritu de sobriedad, a veces demasiado sentenciosa.

### Poetas españoles del siglo XX

Ramón Segura de la Garmilla ha publicado una Antología, con notas bibliográficas, de poetas españoles contemporáneos. El defecto de ese libro consiste en la amplitud excesiva del criterio de admisión. Muchos de los «versificadores» incluidos en el volumen no son poetas; y el lector desearía, en cambio, ver sustituidas las páginas destinadas a ellos con un mayor contingente de las poesías verdaderas.

Pero esta observación no amengua la bondad de propósitos del colector, aunque éste haya atendido más a la cantidad que a la calidad.

Reconozcamos las grandes dificultades de formar una Antología, y más aún si se trata de poetas vivientes, sobre los cuales no ha pasado todavía la suprema depuración de la posteridad. Muchos escrupulos respetables actúan sobre el colector. No le exijamos las severidades del censor, ya que tiene las prodigalidades del que ofrece los ejemplares a un futuro juicio, todavía difícil de formular.

Una Antología puede entenderse como un yacimiento, meramente estático, donde de mañana la curiosidad de los venideros eruditos ejercerá sus investigaciones; o como un museo, en que cada ejemplar ha sido desligado de su íntegro complemento armónico, y se alinea en las galerías solennes de una necrópolis. Pero también puede ser interpretada la Antología, de acuerdo con su nombre, como una floración de inmortalidad, selección destinada a plena persistencia vital, ardorosa como una llama. Es la Antología *dinámica*; y ésta es la que sólo el porvenir consigue espigar debidamente en el invisible jardín...

Gabriel ALOMAR

## SED DE CAMINO

El hombre peregrina sin descanso  
desde que nace hasta que muere el día...  
A veces, hay lugares de remanso  
que le brindan su paz o su alegría.

¡Vanas ficciones son, pues al instante  
la corriente le arrastra de la lucha,  
y a su oficio tornar de caminante  
le obliga lo que sueña..., o lo que escucha!

¡La jornada es muy larga, el sol abrasa...!  
¡Ni un árbol, ni una fuente en el camino...!  
¡La nube hace dosel, mas breve pasa,  
y es tormento la sed del peregrino!

¡Sed de riquezas...! Sed de vanidades...!  
¡Sed de placeres...! ¡De venganza sed...!  
¡Aguas turbias que en todas las edades,  
tentadoras clamáis vuestro: «Bebed»!

¡Sed de gloria, de amor; sed de infinitos!  
¡Sed de justicia, que la frente enciende!  
¡Linfas claras, espejo de los mitos!  
¡Agua de las cascadas, que se extiende...!

... Y el peregrino, sigue hacia su Meca...  
—¡Su esperanza, va puesta en ti, Mujer!  
¡Medita en su jornada! ... ¡Su voz seca,  
con el agua pudiera de Rebeca  
refrescarse lo mismo que Eliezer!

El Conde de SANTIBÁÑEZ DEL RÍO



FOR TIERRAS  
DE AMÉRICA

# Las calles jubilosas de Caracas

PASEAR a la ventura, sin premeditación, sin Baedeker y sin cicerone, es para muchos «gourmets» espirituales goce alquitarado y refinadísimo. El viajero que así procede, gusta de proporcionarse esas sensaciones fuera de programa que toda ciudad tiene reservadas para los que vinieron a recorrerla con emocionada limpieza de prejuicios.

Avila, Toledo, Córdoba, Segovia, son, independientemente de los tesoros de sus iglesias y palacios, y saboreadas al aire libre, en plena rúa, como perfumados laberintos donde surge a cada momento el guiño sonriente de la sorpresa. La calle ha sido y será siempre a la población lo que la fisonomía al carácter. Tienen un alma ostensible o hermética, que se deduce desde el primer instante o va poco a poco y con voluptuosa lentitud se cuestrándonos. Hay calles de Nápoles que son como andrajos al sol, y calles, como las de Córdoba, que suspiran, y calles, como las de Toledo, que «nos conducen», retorcidas, inesperadas y largamente angostas. Su variedad es infinita. Gustavo Kahn ha podido escribir un libro muy interesante a propósito de las calles: la muerta, como en Pompeya; la inmóvil, como en Bagdad o Samarcanda; la que camina, como el canal veneciano...

Las calles rectas de Caracas, rectas e iguales, carecen a primera vista de esos atractivos teatralmente fastuosos que se multiplican en otras inmensas urbes del continente americano. Caracas, humilde y alegre, ciudad moderna en su mayor parte—porque así lo quiso un formidable terremoto a principios del siglo pasado—, obedece topográficamente a una sencilla división geométrica, que permite no extraviarse jamás. Una cruz, de Norte a Sur y de Este a Oeste, cuyo centro radica en la plaza Bolívar, numera todas las calles, dejando las pares a la derecha, hacia Oriente, y las impares a la izquierda, así como suben perpendicularmente a ellas las septentrionales y descienden en igual forma las del Sur. Esto es sencillo, muy actual y muy yanqui; pero carece de la poesía que llevan consigo los nombres. Siempre será más sonoro y bonito vivir en la calle del «Hombre de Palo», o en la de los «Balcones azules», o en la del «Puente de la Vida y la Muerte» que en la calle Oeste núm. 16...

Los números acaban con la belleza,

con la tradición, con la ingenuidad y la ternura de una población que va dejando en los nombres de sus calles el alma de varias generaciones. A nosotros, latinos, nos destrozaría el hecho de enamorarse a una muchacha en la Avenida 6, y casarnos con ella en el templo 45 y llevárnosla al cine 92... Comprendiendo-

nas» europeas, son las «cuadras» de allá.

En las calles de la periferia, Caracas sonríe jovialmente. La época colonial grabó en ellas huellas imborradas, olorosas a ingenuidad, a individualismo, a fiero horror de lo pautado y regular. Nuestros antepasados no dejaron en Venezuela, especialmente en Santiago de

a la calzada y no a las aceras, las cuales conservaron su primitiva altura ondulante. Protegidas con barandillas de hierro, suben y bajan, simulando interminables montañas rusas... Por los barrios altos de San José, de La Pastora, de Altigracia y otros sitios alejados del centro—asfaltado todo él—estas calles de «carroussel», trincheras o zanjas profundas entre las aceras que suben, tienen un aire regocijado encantador. La yerba invade el empedrado, y en el muro de contención que desciende de la acera a la calzada, teñido de rosa, los aguaceros han formado calientes jaspeaduras abigarradas... Añádase que hay casitas tan bajas, que sus aleros saledizos nos rozan las sienes; que por encima de una tapia pintada de bermellón o de azul se derrama la pompa purpúrea de una mata de «trinitarias» o el lujuriantes resplandor sangriento de los «papagayos»—arbusto de hoja de un carmín vivísimo—; que entre las viviendas, desiguales de altura y de tamaño, imponen su sugestión los árboles y las plantas de una torrentera, por cuyo cauce, oculto bajo los bambuales, susurra el agua; que las paredes enjalbegadas delirán de albura bajo el frenético azul del cielo; que hay ventanucos que se caen de risa, y farolillos sin pizca de formalidad, y chimeneas borrachas de «guarapo», y cararas ardientes de «criolla» a la puerta, y recuas de pollinos polvorientos, como con polvo aún de Palencia o de Ciudad Real; y «changuaramos» extáticos, y vuelos de «zamucos» (cuervos), ave allí supersticiosamente estimada, cuyo sombrío vuelo se cierne con solemnidad de águila imperial, como si acabasen de desprenderse del escudo de nuestro rey y señor Carlos V...

Las alturas del Albaicín y las hondanadas de la Judería toledana no tienen nada que envidiar a estas calles henchidas del alborozo de la curva. La luz del cielo las enoja y la simplicidad de corazón las vivifica. Son las calles más sonreidoras de aquella Caracas sonriente, que desconoce la torvedad y profesa el culto de la cándida y honesta diversión. Caracas veinteañista, pese al tiempo y al consabido influjo yanqui, por fortuna leve y epidérmico; Caracas ilusionada, matinal y cautivadoramente inolvidable, como la primera novia...

E. RAMIREZ ANGEL



COCOTEROS EN LA PLAYA DE MACUTO, JUNTO A CARACAS

lo así, el pueblo caraqueño, tan sensible y propenso a toda suerte de jugosidades de espíritu, viene prescindiendo de la numeración de las calles, y se atiene, como en la época de la colonia, no al nombre de ellas, sino, lo que es más pintoresco todavía, al de sus esquinas.

El nacido allá, conoce al dedillo, naturalmente, esto que al forastero desorienta y confunde, aunque acabe por divertirlo. Hasta lo encuentra más práctico, porque precisa las señas domiciliarias en términos inconfundibles. Allí se dice al cochero o se consigna en el anuncio: Fulano de tal, «de Cruz Verde a Santa Rosalía, número tantos», o «de Pilita a Candilito»... Que es como si aquí dijéramos para fijar la dirección del teatro de Apolo: «de San José a Barquillo»...

Por supuesto que la cosa sería menos fácil en una población donde abundasen las vías sinuosas, lo que allí no ocurre, porque, según se ha dicho, el trazado existe sobre la base de una cuadrícula, cuyas separaciones, las «manza-

León de Caracas, ni joyas arquitectónicas ni obras de utilidad pública, como en Méjico o en el Perú. Estos países eran, nadie lo ignora, Virreinos, mientras Venezuela no pasaba de Capitanía General, y, con mengua de ésta, aquéllos atrajeron lo más valioso y turbulento de la emigración hispana. De ahí que el forastero no halle una iglesia, un acueducto, un palacio, un monumento asombroso; pero, en cambio, descubre una ventana, una portada, una hornacina... Y hacia los barrios excéntricos, siguiendo las faldas del maravilloso monte Avila, encontramos calles que fueron pinas, finamente empedradas, muertas de júbilo bajo el sol, con sus fachadas de colores vivos, igual que en muchas ciudades andaluzas, y sus huertas o patinillos invadidos de la exuberante y sin rival flora caraqueña...

¡Calles inolvidables! Una sabia medida de gobierno acordó nivelarlas en lo posible para facilitar el tránsito rodado; pero esta medida afectó exclusivamente



ESQUINA DE SALVADOR DE LEÓN, JUNTO AL MERCADO



ENTRADA DE UNA HACIENDA, EN LAS CERCANÍAS DE CARACAS



# EL SECRETO DE GRANADA

No conociendo a Gabriel Morcillo, temeríamos por él y por su arte futuro, en vista de la admiración arrebatada que sus obras han despertado en Madrid. Pocos días hace, nuestro ilustre

a la pintura, la cultivó en un principio libre de toda dirección. Alumno en Madrid de la Escuela de Bellas Artes, encontró un maestro más que un vulgar profesor en D. Cecilio Plá. Los consejos de éste, encaminados a fomentar la disciplina severa y la constante exigencia para con uno mismo, le fueron en verdad tan provechosos, que los recuerda con respeto y gratitud para la persona de quien los recibiera. Tras de haber ganado la plaza de pensionado en Roma y de haber renunciado la pensión, se tornó a Granada, y allí, al cabo de unos años habitando en un carmen, noticiosos de su fama suelen ir a visitarle, en demanda de obras suyas, lo mismo el *amateur* español que el extranjero. Y no siempre logran adquirir el cuadro que más les interesa; el pintor, caprichoso y nada comerciante, no se desprende fácilmente, sino en caso de necesidad, de alguna cosa que acertó a crear entre amor y dolor: el amor de la hermosura y el dolor por representarla.

Están de moda las teorizaciones estéticas. Ya por convicción, ya por cálculo, ya por especulación, se razona,

aunque permita el comentario de índole literaria. Pintor y sólo pintor: he aquí la fórmula de Morcillo, cifrada en la visión de cuerpos mozos y saludables, flor más que fruto, primavera de la vida. El ideal de un Praxiteles, la gracia de la adolescencia, es, traducido al ambiente de Granada, lo que sugiere a Morcillo las más deliciosas páginas. Su arte armoniza la sutileza conceptual de los epigramas clásicos con las galas narrativas del Oriente. Es de ayer y es de hoy, porque, bajo las apariencias de la ficción ocasional, se descubre un fondo de belleza, de

*juventud, divino tesoro,*

eterna ilusión del mundo.

Arte de ayer y de hoy, decimos, en el sentido de que si por un lado le abona la nostálgica emoción del recuerdo, zumo poético de la historia, por otro se documenta en la realidad actual, que a sus ojos se ofrece con caracteres de selección. Y, no obstante la concesión al pasado en inconcretas rememoraciones, Gabriel Morcillo no es un tradicionalista. Nada le importa el cuadro de época, la teatralización de escenas, con su correspondiente escenario tomado de cualquier monumento; lo que le interesa es el percibir el eco de la belleza antigua en los seres y en las cosas presentes, y el verlos exentos de trivialidad o de grosería. Tampoco entra en su credo el casticismo cazcarrioso de capa parda, tan explotado

posición, con finalidad decorativa, de los gestos ora alegres, ora graves, de aquella población.

Si Angel Ganivet la llamó Granada la bella, Gabriel Morcillo no desmiente tan



CARMELA

compañero *Monte-Cristo* le dedicaba una de sus crónicas de sociedad, en que, al lado de justísimas apreciaciones críticas, se ponía de relieve la sugestión ejercida sobre toda clase de contempladores por los lienzos del pintor granadino. Pero nosotros, que hemos conversado unas cuantas veces con el artista, sabemos que su cortesía ante el elogio, no embota, sino más bien excita, los afanes por una mayor depuración de la sensibilidad pictórica y de los medios técnicos para expresarla. En algún momento de confianza, Gabriel Morcillo nos ha hablado de sus desalientos, con esa inquietud atormentadora de la verdadera conciencia profesional y sin la pose de incomprendido a que algún genio de menor cuantía nos tiene acostumbrados.

Gabriel Morcillo, para nosotros, era una especie de mito. De tarde en tarde oíamos pronunciar su nombre a ciertos excelentes catadores de pintura que, además, compran cuadros, y que, como coleccionistas, han demostrado poseer el mejor gusto. Ellos nos informaban acerca de este hombre raro, enemigo de las exposiciones oficiales, que, en un misterioso sitio de su ciudad natal, trabajaba lejos del bullicio profano, con el ansia de la belleza pura. Ahora, un viaje a la corte y la exhibición privada de varias pinturas correspondientes al último período de su producción, le han revelado a una parte del público madrileño. La revelación—es de rigor declararlo—también nos alcanza.

No hay en su historia ni anécdotas sabrosas ni rasgos anunciadores de celebridad. De familia modesta y aficionado

se discute y hasta se vocifera. La crítica toma partido con harta frecuencia, y lo peor no son las teorías, sino las encarnaciones plásticas con se pretende justificarlas. Asistimos al desfile interminable de figurines que los modistos del arte nos sirven. Los tiempos y la industria



CUENTO ORIENTAL

así lo quieren para general confusión.

Desatento a tal género de espectáculo, Gabriel Morcillo vive en su torre de marfil, en su Granada, entregado a la tarea de poetizar por medio de formas y de colores. El encanto decorativo del Islam y el optimismo anacreóntico, júntalos en feliz consorcio dentro de cada asunto; la resolución nunca deja de ser pictórica,

a título de encarnaciones castellanas; un refinado, como Gabriel Morcillo, encuentra en la Alhambra y en el Albaicín suscitaciones en número y de calidad, para no forzar a sus pinceles a que copien la roña, por muy secular que sea.

A nuestro entender, el secreto de Granada, que Morcillo nos patentiza, está en los rasgos anímicos de sus modelos, tras-

acertado calificativo; por el contrario pensárase que se sirve de él para modular sus obras. Estas no pueden haberse concebido más que en Granada. Hechas en Córdoba o en Sevilla, no serían su reflejo propio. La localización, pues, en lo físico y en lo psicológico, virtualiza el arte objeto aquí de nuestra atención.

Los niños moros que retrata Morcillo llevan en sus venas la sangre del terruño. El disfraz acusa la íntima condición de quienes lo ostentan; aun siendo los trajes un capricho del pintor, no desdichan de los cuerpos así vestidos: el indumento y los que lo lucen se nos antojan algo connatural.

Con respecto al color... Morcillo es uno de los más grandes coloristas que tiene el moderno arte español. La construcción de cada figura, trabajada e insistida, lo es para la sustentación de las notas cromáticas energéticas y opulentas cuando conviene, o rebajadas, sabiamente acordadas, si lo exige el tono menor del cuadro. En la pintura de Morcillo, el motivo se engendra por el color y por el color. La amplitud decorativa de los venecianos no anda muy lejos.

En la mano del artista granadino el pincel cobra la virtud de una varita mágica, que sabe introducirnos en reinos imaginarios. Y esto por la magia transmutadora del color sin alma de la paleta en el color que es alma y fantasía en el lienzo.

Sus cuadros no demandan una explicación de la substancia poética; son pintura, la *poesía muda*, que dijo Vinci.

Angel VEGUE Y GOLDONI



# BUBY LIBERTA A UNA PRINCESA

A Buby le gustaban mucho los libros de aventuras; pero aún le gustaban más los cuentos de hadas, y sobre todo los que salen en LOS LUNES DE EL IMPARCIAL, que él solía esperar con impaciencia toda la semana.

Eso de que un pastorzuelo encuentre un tesoro, o deshaga el encantamiento que convierte a una princesa en rana o en paloma, o llegue a ser rey o mate un dragón con la misma facilidad con que vosotros o yo exterminamos un mosquito, se le antojaba sumamente bonito e interesante.

Y llegó a preguntarse por qué alguna de estas cosas que con tanta frecuencia ocurren en los cuentos no había de presentarse, por lo menos una vez, en la realidad, y, en tal caso, por qué no le había de suceder precisamente a él, Buby, a él, que era tan valeroso como cualquier héroe de cualquier cuento.

Buby sabía por experiencia que los mayores son gentes incrédulas, que todo lo ponen en duda. Comunicó el fruto de estas hondas meditaciones solamente a su hermanita Nena, que le aprobó calurosamente. Tan indiscutible éxito le dió ánimos para concebir y realizar un proyecto sensacional.

El partiría, como un héroe de cuento, a pie y sin dinero ni más bagaje que su entusiasmo y su valor; él andaría, andaría, y, como alguna hada maligna no le saliese al paso—lo cual también sería motivo de fantásticas luchas y aventuras—, acabaría por realizar alguna hazaña extraordinaria.

La ocasión no podía ser más propicia: precisamente Buby se hallaba veraneando con toda la familia—papá, mamá, Nena, mademoiselle, la grullona cocinera Teopiste, la perra Monicaca y el gato Charlot—en un pueblo, cuyo decorado era sumamente favorable para vivir un cuento.

Ya resuelto, Buby esperó el día más a propósito, y fué aquel en que la colonia veraniega celebró en el casino un grandioso festival benéfico, cuya recaudación se destinaba a comprar pañuelos para los perros constipados del pueblo y sus alrededores. Como papá se hallaba en Madrid aquellos días, mamá fué al festival en compañía de mademoiselle, después de dejar a los dos muñecos en sus respectivas cunitas blancas.

Buby no dormía; oía el ruido que hacía Teopiste fregando la vajilla en la cocina, y esperó a que sucediese a este ruido el mucho más sonoro de los ronquidos de la cocinera, que dormía en la habitación contigua.

Entonces, sigilosamente, Buby se levantó y se vistió; como sabía que un hombre prevenido vale por dos, se metió en los bolsillos un trozo de queso y otro de pan que le habían sobrado de la cena, un cortaplumas de nácar y un revólver con una tira entera de fulminantes.

Luego, despertó a Nena y le dijo en tono resuelto:

—¡Me voy!

—¿Adónde?—preguntó Nena, restregándose los ojos—. ¿Al casino?

—¡Qué tonta eres! ¡Me voy en busca de aventuras!

No perdió tiempo en explicar sus proyectos a su hermana; pero le hizo prometer que no le delataría hasta el día siguiente, cuando ya él estuviese muy lejos y fuese imposible dar con su pista y estorbar sus propósitos. Nena, que tenía prisa por volverse a dormir, a pesar de la admiración respetuosa que le inspiraba su heroico hermano, prometió cuanto quiso. Buby la besó en la frente paternalmente y salió.

Lo de abrir la puerta de la calle fué la

primera dificultad, porque el cerrojo estaba colocado fuera del alcance de nuestro héroe, que hubo de subirse a una silla y, al bajarse, la uró, con lo cual estuvo a punto de despertar a la cocinera; pero los ronquidos, interrumpidos por espacio de tres segundos, volvieron a empezar con tal fuerza, que Buby se tranquilizó y salió.

Echó a andar carretera adelante—y eso que la noche estaba oscura—, no sin detenerse varias veces para pegar el oído en tierra, según parece que suelen hacer los Pielos Rojas cuando temen ser perseguidos por sus enemigos los Rostros Pálidos.

Hubiera deseado encontrar al paso alguna mendiga que le pidiera limosna; él le hubiera dado su pan y su queso, y seguramente ella se hubiera transformado al punto en una hermosa hada, concediéndole tres dones maravillosos, o le hubiese enseñado la virtud mágica de tres palabras cabalísticas. Pero no encontró a nadie, y llegó sin novedad al bosque, que era donde habían de ocurrirle todas sus aventuras fantásticas.

El bosque estaba más negro todavía que la carretera. Aunque Buby conociese hasta sus menores senderos, le pareció otro bosque distinto, mucho más grande e imponente. Un momento cruzó por su



curidad, Buby sintió algo de cansancio y de hambre. Se sentó al pie de una encina venerable— ¡sabe Dios los tesoros misteriosos que contendría aquel tronco secular!—, sacó de su bolsillo el pan y el queso, se lo comió con buen apetito, cerró los ojos y se quedó dormido, empuñando la culata de su revólver.

¿Cuánto tiempo llevaría durmiendo? ¿Un cuarto de hora? ¿Tres horas? No lo sé. Lo cierto es que, de pronto, un ruido singular y lejano le despertó.

A toda prisa pegó el oído a tierra y escuchó; el ruido se repitió. Buby dió un brinco, se restregó los ojos, se pellizcó. No, no dormía, y, si el bosque no hubiera estado tan oscuro, le hubiéramos podido ver ponerse pálido, porque aquel ruido inconfundible era... ¡el rugido de un león!

¡Por algo le parecía a él que el bosque se había convertido en selva virgen!

Pasado el primer momento de estupor, Buby reflexionó: ¿Sería aquél un león sencillito o algún dragón de esos que arrojan llamas por la boca y tienen una serpiente de cascabel en lugar de cola? ¿Y qué haría allí aquel monstruo? ¿Estaría en libertad o encargado por algún genio o brujo de la custodia de un tesoro oculto o de una princesa cautiva?

Sigilosamente, guiado por los rugidos

a pocos metros, un león enorme agitaba su guedeja roja, abriendo su terrible boca y rugiendo a más y mejor.

Buby sintió un ligero escalofrío por la espalda, un temblor en los brazos, y las piernas le flaquearon; todo ello de emoción, de alegría, por la aventura que se le brindaba; pero no de miedo, naturalmente.

En seguida se hizo dos razonamientos, que le infundieron admirable serenidad frente al peligro: el primero fué que nunca, desde que el mundo es mundo, ningún héroe de cuento se ha visto devorado por el monstruo que iba a combatir, y no existía razón admisible para que él fuese el primer caso.

El segundo razonamiento fué la comprobación de que el león estaba sólidamente encadenado a la entrada de una gruta, extraña, con lo cual ofrecía al héroe una seria ventaja en la lucha.

Después de hacerse estas reflexiones, Buby aprovechó el momento en que el león le volvía la espalda para proceder al reconocimiento de los lugares. Se metió el revólver cargado en el bolsillo y, apretando con los dientes el cortaplumas de nácar, a cuatro patas, empezó a dar la vuelta a la gruta fantástica.

De pronto, ahogó un grito de alegría. Por una grieta que había entre las rocas podía ver el interior del antro, y lo que veía era como para volverse loco por la emoción y la alegría del triunfo.

En la gruta había una dama bellísima, cubierta de alhajas deslumbrantes y vestida con un traje de tul blanco; una corona de flores cubría sus cabellos de oro, porque la desconocida era rubia, como lo son todas las princesas de todos los cuentos.

Recostada sobre cojines de raso, la princesa cautiva estaba triste y soñadora; sin duda se acordaba del palacio de su padre, de donde la raptara un genio malévolo y enamorado, para encerrarla en aquella gruta perdida en la selva virgen y custodiada por el terrible león.

El corazón de Buby latía con inusitada violencia. ¡Matar a un león, libertar a una princesa, casarse con ella, ser rey! Decididamente el porvenir se le aparecía risueño; del castigo del genio malévolo se encargaría, sin duda, el hada madrina de la princesa libertada. En cuanto a él, tan pronto como ascendiese al trono, nombraría a papá presidente del Consejo de Ministros; a mamá, reina regente, y a mademoiselle, primera dama de honor. A Nena la casaría con un príncipe de un país vecino y, sintiéndose magnánimo en aquel instante supremo y maravilloso de su vida, hasta le perdonaría a Teopiste todas sus gruñerías y la nombraría repostera mayor de las cocinas de palacio, con un sueldo estupendo.

En el momento en que más absorto se hallaba Buby en hacer aquella distribución de cargos palatinos, nuevos personajes surgieron ante sus ojos del fondo de la gruta; y aquéllos, más todavía que la princesa y el león, eran seres fantásticos de cuento maravilloso: eran unos cuantos gnomos horribles, ataviados con trajes extraños y adornados con bordados y pedrerías.

Los ojos de Buby, aunque desmesuradamente abiertos, se le antojaban pequeños para ver toda aquella fantasmagoría; pero he aquí que los gnomos—servidores, sin duda, del genio malévolo—rodeaban a la princesa y le hablaban en un idioma desconocido, acompañando sus palabras con grandes gestos, que parecían amenazadores; y la pobre princesa, siempre dulce y triste, se limitaba a hacer con la cabeza «No, no».



mente la idea de que aquel bosque bien podía estar encantado y, por las noches, transformarse en selva virgen.

Al cabo de unos instantes de caminar entre los árboles, en el silencio y la os-

cadá vez más cercanos y terroríficos, conteniendo su respiración, a cuatro patas, sin vacilar, como un hombre, como un héroe, Buby se fué deslizando.

De pronto, se detuvo en seco. Ante él,



# QUEVEDO, DRAMATURGO

La cosa no podía ser más clara: Los gnomos le decían: «O te casas con el Genio, nuestro amo, o te entregamos al león para que te devore». Y ella se negaba, prefiriendo arrosar la muerte a conceder su mano de azucena al terrible Genio.

¡Aquello era demasiado! Todo el heroísmo del fiero paladín se sublevó ante la idea del porvenir horrible que esperaba a la desdichada princesita. ¡El momento de intervenir había llegado!

Buby se precipitó hacia la entrada—precisamente el león, cansado de rugir, acababa de dormirse—, y entró como una tromba, blandiendo con una mano su cortaplumas de nácar y con la otra su revólver cargado y exclamando:

—¡No temas, princesa! ¡Aquí estoy yo!

El efecto de su irrupción fué enorme; la princesa lanzó un grito de terror y se levantó de un brinco, buscando un refugio precisamente entre sus feroces verdugos, los gnomos, que se habían quedado con la boca abierta. El león de la entrada, despierto de sopetón, lanzó un rugido furioso.

Atraído por el ruido, un nuevo personaje surgía del fondo de la gruta: era un buen hombre en mangas de camisa, que preguntó con voz ruda:

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

—No lo sé, papá—contestó la princesa, que se había repuesto del susto—; es este niño, que parece que está algo «mochales»...

Buby se paró en seco, algo desconcertado. La linda cautiva no se expresaba con la poética exquisitez propia de las princesas de los cuentos y su padre tenía muy poco de rey. Vistos de cerca, los gnomos perdían mucho de su aspecto fantástico, y, como nuestro héroe retrocediera unos pasos, notó con asombro que los muros de la gruta cedían detrás de su espalda y no eran de roca, sino de tela pintada.

¿Qué significaba todo aquello? Buby tenía miedo de comprender, y, sin embargo, pasado el primer momento de estupor, no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia ante las explicaciones que el rey, en mangas de camisa, consintió en darle.

Aquello era, sencillamente, un circo ambulante—mis lectores, más perspicaces que el valeroso Buby, acaso lo hayan adivinado ya—; la falsa gruta era la tienda bajo la cual se cobijaba la compañía, de noche, a la entrada de los pueblos que recorría; el rey era el jefe: la princesa, su hija, la domadora del león, y los gnomos fantásticos, una «troupe» de liliputianos austriacos.

Buby escuchaba todo aquello cabizbajo, rojo de vergüenza y de desilusión. De no haberse sentido héroe a pesar de todo—y los héroes no lloran nunca—, se le hubieran saltado las lágrimas.

Luego, la princesa cogió sobre sus rodillas a su ex futuro esposo libertador y le dió un caramelo, y los gnomos hicieron unas cuantas piruetas, que acabaron haciéndole reír a carcajadas. Finalmente, el rey le acompañó hasta su casa, donde Buby hizo una entrada menos heroica que en la gruta, pero indudablemente más razonable y segura.

Y Buby se consoló de no libertar una princesa, descubrir un tesoro ni llegar a ser rey, ante la alegría de mamá, que estaba casi loca de inquietud. Nena había hablado—las niñas no saben guardar secretos—, y le recibió como si volviese del Polo Norte.

En cuanto a la distribución de cargos palatinos, la reemplazó por una invitación colectiva a toda la familia para asistir al espectáculo de circo del día siguiente, para el cual el papá de la princesa cautiva le había regalado generosamente las entradas.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI

La magnífica producción dramática de Quevedo—en parte inédita, mitad ignorada de muchos—hállase aún por estudiar, a lo menos en la medida que merece el gran polígrafo, que si bien fué más dada a otras erudiciones, no por eso desdénó la escena, como si su lira portentosa hubiera de recorrer todos los tonos.

Ha desaparecido no poca de su labor; pero las reliquias respetadas por el tiempo nos permiten aquilatar su sistema y reservar un puesto honroso en la historia de nuestro teatro.

Las sales picantes de su musa, la vivacidad y travesura de su ingenio, junto con la profundidad de su espíritu, tan apto para penetrar en los motivos humanos, prestaban a su temperamento aquella objetividad precisa para desarrollar los caracteres y conducir con destreza una acción dramática.

En sus obras, en general, no hallamos tan sólo abstracciones personificadas, sino que abundan los individuos reales. Los Sueños, con sus trazos viriles de alucinante grafismo moderno, ¿qué son más que poemas trágicos, de asombrosa pintura de caracteres, a un extremo tal, que ni Lope superó tan variado número de tipos?

Sólo en el Sueño del Infierno desfilan: el tabernero, el hipócrita, el rico, el pobre, el necio, el discreto, el negociante, el rey, el eclesiástico, el soldado, la mujer interesada, el sastre, el librero, el cochero y el bufón, que en seguida dan paso al truhán, al jugador, al chocarrero, al adulador, al marido que vende a su mujer, a la ramera, al cómico, al corchete, al alguacil, al mercader, al platero, al hidalgo, al valiente, al capitán, al caballero, a la dueña, al sodomita, a la vieja, al boticario y al barbero, sin contar con la mujer fea, la dama pintada, el perseguido por la conciencia, el sabio, el escandaloso, el tirano, Lucifer, Judas, Mahoma, Lutero y toda la caterva de herejes, la mujer bonita, el mal letrado, el escribano, el enamorado, el poeta, el ensalmador, el astrólogo, el alquimista, el supersticioso, el quromántico, diablos, emperadores, cronistas, pesquisidores, doncellas y madres postizas...

De haber hallado don Francisco marco escénico para la podre que barre con su sátira, su teatro hubiera sido tan multitudinoso como el de Shakespeare.

¿Qué personajes más adecuados para la comedia que los de La visita de los chistes? El hablador, el chismoso, el mentiroso, el entremetido, el avaro, el casamentero, o Pero Grullo, Juan de la Encina, el Rey que rabió, Calainos, la dueña Quintañona, Don Diego de Noche, Marizápalos, el alma de Garibay, Perico de los palotes, Pateta, el bobo de Coria, san Macarro, san Leprisco, san Ciruelo, fray Jarro y san Porro...

Es lástima que Quevedo, entretenido en otro linaje de estudios, no dedicara primordial atención al teatro, aficionadísimo como era a él, según muestra cuanto de su pluma se conoce.

De su comedia Quien más miente medra más consérvese este juicio de don Casiano Pellicer: «Poblada de las agudezas y galansterías cortesanas de don Francisco, cuyo ingenio es tan aventajado, singular y conocido en el mundo. En muchas comedias de las ordinarias no se vieron tantos sazonados chistes como en esta sola: que en la agudeza del autor un solo día de ocupación fué sobrado campo para todos».

Sin embargo, la obra no era únicamente de Quevedo, sino en colaboración con don Antonio Hurtado de Mendoza, co-

medador de Zurita, caballero de la orden de Calatrava, secretario de cámara de Felipe IV y de la general Inquisición, que nos ha legado, además, las seis comedias siguientes: Querer por sólo querer, No hay amor donde hay agravio, El marido hace mujer y el trato muda costumbre, Los empeños del mentir, Más merece quien más ama y Cada loco con su tema. Esta última, sobre todo, es notabilísima, y se representó con éxito en el siglo pasado. Mendoza era de ilustre familia burgalesa y muy bien visto del Conde-duque. Apellidábanle «el discreto de palacio». Góngora le mortificó con el apodo de «el aseado lego». Elogióle, en cambio, Cervantes en el Viaje del Parnaso, y en verdad escribía versos fluidos y armoniosos. Fué sumamente apasionado de nuestro don Francisco, quien en 1632 le dirigió aquella bellísima carta, en que aconseja que el hombre sabio no debe temer lo forzoso del morir. Ya antes, en 1625, habían escrito juntos otra comedia, en unión de Mateo Montero. Pero volvamos a la que nos ocupa.

Compúsose para obsequiar a los reyes y fué representada por la compañía de Vallejo la noche de San Juan de 1631, no en los corrales de comedias—dos a la sazón tenía la corte—, sino en privado, en los jardines del conde de Monterrey y del duque de Maqueda, contiguos al Prado, entre la carrera de San Jerónimo y la calle de Alcalá, donde estuvo la iglesia y casa de San Fermín. En la umbría de aquellos bosques, llenos de grutas y encantados apartamientos, cuajadas de luces las enramadas, entre músicas, perfumes y flores-mujeres, en medio de los ritos de la noche clásica, dieron sus ayes al viento las vihuelas, y en un teatro improvisado, Vallejo y sus huéspedes representaron Quien más miente medra más, que fué un triunfo estrepitoso para sus autores. Habían llegado ya los reyes, con numeroso séquito. Hubo también comedia de Lope de Vega, y jácaras y bailes de Quiñones de Benavente; disfraces, opípara cena y paseo triunfal al filo de la media noche. Dispuso la fiesta el conde-duque de Olivares. Dicen que el cortejo de damas salió escandalizado de la pieza de Quevedo y Mendoza, formidable diatriba contra el matrimonio...

De la comedia entre estos dos y Mateo Montero, ingenioso escritor al servicio del almirante de Castilla don Juan Alonso Enríquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco, hay noticias en los Avisos manuscritos de la Biblioteca Nacional. Fué compuesta a instigación del marqués de Eliche y de Toral, yerno de Olivares, para festejar los días de la reina Isabel de Borbón, y representada en el real alcázar el 9 de julio de 1625 por los ayudas de cámara, con la folla de bailes y entremeses, que constituían el más sabroso aderezo de los soberanos. Abundante en chistes, retruécanos y toda clase de ocurrencias felices, fué reída y aclamada.

A esta época, que se extiende desde la primavera de 1623 hasta principios de 1628, corresponde la producción dramática de nuestro vate. Todas las comedias fueron escritas entonces, incluso su pieza satírica en un acto ¡Qué villano es el amor! y la hermosísima loa de la comedia Amor y celos hacen discretos (que estrenó una comedianta llamada la Roma), tiempo el más plácido que gozó don Francisco, libre de prisiones y destierros y en gracia con el Conde-duque. En adelante cultivó, en general, disciplinas más serenas.

En la historia de nuestro teatro merecen capítulo especial sus entremeses, que no ceden en sal y desenfado a los del fa-

moso y antes aludido Quiñones de Benavente, que le copió infinitos chistes y juegos de palabras, de que no es oportuno tratar aquí ahora. Doce se conservan de su pluma—aunque hay más encubiertos—, unos con su nombre, otros con el pseudónimo de «Félix Persio Bertiso». Algunos han permanecido ocultos más de dos siglos, como el del Hospital de los mal casados y el de los Refranes del viejo celoso; éste y el titulado El marido fantasma son verdaderamente incomparesables. Fué célebre en su tiempo el de Caraquí me voy Cara aquí me irá, y no lo olvidan los autores del Tribunal de la justa venganza, detracción rufianesca contra Quevedo. También son dignos de notarse el Entremés de la Ropavejera y El zurdo alanceador, que representó la famosa «Amarilis» en Sevilla.

Escribió, asimismo, Quevedo muchos apólogos y farsas, que no han llegado hasta nosotros sino muy maltratados y con interpolaciones, por lo que se duda de su autenticidad. Pero consérvese gran número de jácaras, letrillas representables, bailes y diálogos, como los que se agrupan en la musa Terpsicore y otros para conversación entre galán y dama. Sus bailes pueden tenerse sin reparo alguno por los mejores de nuestra escena. Bailes con coros, verdaderamente notabilísimos. Sea de ello ejemplo Los galeotes, que dijérase un «ballet» ruso moderno, de insuperable belleza; Las valentonas, Las sacadoras, Los nadadores, la Boda de pordioseros, Los borrachos y Las estafadoras.

Pues a pesar de toda esta admirable labor dramática, aún se lee en ciertas antologías e historias de literatura que don Francisco de Quevedo no cultivó el teatro.

¿Sus ideas sobre él? En distintas obras de otro género, se hallan expuestas. En las palabras de Doña Fátula de La visita de los chistes, en el capítulo de El Buscón en que Pablo se hace farandulero, en el prólogo de la comedia Eufrosina, donde elogia a Lope de Rueda, a La Celestina, a una comedia de Camoens y a dos del doctísimo Corte Real. Para él la comedia debe enseñar a vivir bien, moral y políticamente, acreditando las virtudes y disfamaando los vicios, con tanto deleite como utilidad, entreteniéndole igualmente al que reprende y al que alienta y ser apacible sin escándalo. En el mismo prólogo dice de las comedias de Lope de Vega: «tan dignas de alabanza en el estilo y dulzura, afectos y sentencia, como de espanto por el número, demasiado para un siglo de ingenios, cuanto más para uno solo». Pero no se conforma con la marcha del arte teatral, y aplica su sátira sangrienta a la falsedad y amaneramiento en que habían caído así la comedia como el auto sacramental y el entremés.

En la mencionada Visita de los chistes burlase de lo ridículo que resulta en las comedias, cuando un vasallo arrodillado dice al rey: Dame esos pies, responder siempre: Los brazos serán mejor. Ataca el procedimiento de que se valen los comediógrafos para hacer reír con el hambre y el miedo de los lacayos. ¡El miedo, aún hoy recurso del sainete! Ridiculiza la honra de las infantas y las dotes de los casamientos para dar fin la mañana en el tercer acto. Enfádale que todas las comedias terminen en boda, y se alegraría de ver una en que el señor, queriendo casar al lacayo con la criada, no quisiese casarse ni hubiera remedio. Con los autos del Corpus no es menos implacable. Hace ver lo absurdo de que siempre esté el diablo «hablando a voces, gritos y patadas y con un brio que parece que todo el teatro es suyo». Pide que se escriba ya un auto «donde el diablo no diga esta boca es mía, ni entre exclamando: bu, bu, bu, y salga».



como cohecho; y, por último, que no finalicen los entremeses forzosamente en paños, si bien es verdad que las comedias acaban peor, pues acaban en casamiento, «que son palos y mujer». Más mordaz (e injusto) era con las obras de sus contemporáneos el atrabiliario Cristóbal Suárez de Figueroa: «Todo charla, paja todo, sin nervio; sin ciencia ni erudición».

En el capítulo penúltimo de la *Vida del Buscón* vuelve Quevedo a ocuparse del teatro. En él pinta la vida de actores y actrices, con poco favor para ellos y ellas. Satiriza el argumento de las loas, siempre de una nave; reprueba el llamar a la gente *senado* y el pedir perdón de las faltas, y silencio; duelese de que los autores que escriben para el teatro sean tan sumamente legos, cuando él pensaba que serían «hombres muy doctos y sabios». Y añade que «está ya de manera esto, que no hay autor que no escriba comedias, ni representante que no haga su farsa». Se admira de que les tengan por poetas; apunta que los cómicos que escriben, «todo les obliga a restitución»; que como andan por esos lugares y los unos y los otros les leen comedias, las cogen para examinarlas y las hurtan, y con añadir una necedad y quitar una cosa bien dicha dicen que son suyas. Y, en fin (¡oh, manes de Molière y de Shakespeare!), que «no ha habido farsantes jamás que sepan hacer una copla de otra manera».

Para que ni aun en el género escénico faltara nada por tocar a nuestro príncipe de la poligrafía, acometió la tragedia; «pero—y aquí habla su amigo don Josepe Antonio González de Salas, en su discurso a la musa Melpómene de *El Parnaso español*—divertido con la intermisión de accidentes que le sobrevinieron en varias ocasiones, se malograron

aquellos impulsos». Sin embargo, si no quedó de nuestro poeta tragedia consumada, refiere el aludido humanista que él vió valentísimos fragmentos, dignos de veneración suma, «y una tragicomedia perfecta ya, y otra, menos el acto último».

Nada se sabe de dicha tragicomedia ni de esos otros fragmentos. Salas sospecha que alguien o los ha escondido o los ha usurpado. Sea de ello lo que fuere, por desgracia no han llegado a nuestros días.

Consta, del mismo modo, que comenzó Quevedo a traducir algunas tragedias de griegos y latinos. Entre sus papeles se hallaron apuntes acerca de Plauto, y no es descaminado conjeturar que por su gran amor a Séneca, fueran las obras del teatro de éste las primeras con que contase para la ejecución de su levantado deseo, y para, como decía, contemplar aquella acción valerosa del ingenio humano, vestida con el decoro, elegancia y cultura de las sonoras leiras castellanas.

Luis ASTRANA MARIN

## LECTURAS

Notabilísimo es el último número de la joven revista *Indice*; joven no sólo por su tiempo de vida, sino por su tendencia y por su espíritu.

Se recogen en *Indice*, con sutilísima sagacidad, todas las modalidades del arte y de las ideas del Extranjero, y se acusa además un afán que podría llamarse «heroico» por transformar la vida espiritual de España. En las páginas de *Indice* se transparenta una admirable trinidad de aptitudes de quienes se han

lanzado a tal empresa: Talento, Generosidad y Juventud.

x

Una nueva novela, prodigio de arte, maravilla de estilo literario, inimitable poema en prosa, acaba de ofrecer a la legión de sus lectores el glorioso autor de *Casta de hidalgos*.

*Amor de caridad* se llama la creación hermosísima de Ricardo León. Al solo anuncio de su aparición hemos de limitarnos, ya que en el breve espacio de una gaceta bibliográfica no cabe más que el saludo efusivo al admirable libro del maestro.

x

Juan López Núñez, el conocido y celebrado escritor a quien tanta popularidad dió su obra teatral *El rayo*, acaba de publicar una novela titulada *El niño de las monjas*.

La nueva producción de López Núñez es un libro de lectura amenísima, cuyo interés es su mejor elogio. Escrito con gran limpieza de estilo y lleno de emoción, puede decirse de él que es una comedia hecha novela, y novela de las mejores.

*El niño de las monjas* constituirá un gran éxito para su autor, a quien felicitamos.

x

Con un volumen titulado *Cosquillas*, en que se contienen muchas de las composiciones en verso publicadas en los periódicos por D. Juan Pérez Zúñiga, ha aumentado la «Biblioteca Renacimiento» la serie de Obras completas de dicho autor cómico.

x

Un nuevo libro—pero no «un libro más»—sobre la cuestión hispano-africana acaba de salir a luz. Lo ha escrito

Rodrigo Soriano, y se titula *Guerra, guerra al infiel marroquí*!

Los cuadros pintorescos y vivísimos, la rica y pródiga fantasía literaria, la amenidad y el arte, se juntan a la historia—historia antigua e historia de hoy—, dando a esta obra un interés y una fuerza sobrados para que sea tan leída como discutida.

x

*Herida en el vuelo* es un interesantísimo libro con que se ha acrecentado la valiosa producción novelística del brillante literato y periodista D. J. Aguilar Catena.

La obra, primorosamente editada, consolidará definitivamente los prestigios que con anteriores creaciones de ese género ha venido labrándose tan distinguido autor.

El 1 de mayo se pone a la venta

## Hombre de amor

Novela inédita de 350 páginas

por

“El Caballero Audaz”

— PEDIDOS: —

MUNDO LATINO

Apartado 502. — Librería, Caballero de Gracia, 28

Imp. de EL IMPARCIAL. — Duque de Alba, 4.

# “Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

## OBJETOS DE OCASION

Grandes surtidos en alhajas, gramófonos, discos, objetos para regalos y **MANTONES DE MANILA**. SAN BERNARDO, 1.

## TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20. — MADRID

## ESMALTE ORO “EL SOL”

para dorar cuadros, espejos y retablos. La Casa más surtida en colores **FLORENTINO PEREZ (S. en C.)**. Sucesores de Díaz Herrera **HORTALEZA, 17**

## CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de **MANTONES DE MANILA**, mantillas y trajes de frac y smoking. — **CALATRAVA, 9.**

## Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.—VELÁZQUEZ, 40.—APARTADO 269  
Medicina, Farmacia, Ingenieros Industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar. Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.—Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid  
Director: **MANUEL MOIX GOMBAU**  
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid  
Administrador: **PEDRO MOIX GOMBAU**  
Presbítero

## Pedid Coñac Lion d'or

## MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS — ALQUILER Y REPARACIONES

**ALVAREZ HERMANOS**  
SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

## TELÉGRAFOS—POLICÍA

Clases especiales en grupos de seis alumnos. Se abre el curso el día 1.º de Abril. Solicite un Reglamento.  
**COLLEGE FRANCAIS.—Fuencarral, 33.**

## LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: **PACIFICO, 12**  
TELEFONO M 17-65

## MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES  
**SERRANO, 17 AYALA, 60**



FUENCARRAL 6 MADRID

FOTOGRAFO  
TOLEDO 63 MADRID

**NERVIOSINA DE T. GONZALEZ**

De venta en farmacias

## ODEÓN

es y será siempre la marca de DISCOS que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran en ella, y su repertorio reúne todos los géneros.

Ventas

a plazos

con

precios

de

contado.

Envíos

a

provincias

aparatos

con

bocina

o sin ella.



Pida usted catálogo y condiciones a **ODEÓN — Preciados, 1 — MADRID**



Medias y calcetines de seda, hilo y algodón muy resistentes y económicos por su duración.—**HORTALEZA, 82, LAESTRELLA**  
Todo el que compre 25 pesetas de estos artículos se le regalará un billete legítimo de mil coronas si el cliente lo exige



**Philips ½ watt**



**La preferida mundialmente**  
*Pídase en todos los Establecimientos de Electricidad*

Al por mayor:

**ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO**

MADRID: Marqués de Cubas, 10.

BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

QUIOSCO  
 DE  
**EL IMPARCIAL**

CALLE DE ALCALÁ  
 ESQUINA A BARQUILLO

**GRAN HOTEL PARÍS**

OVIEDO

Asurias :- España.



Vista del «Hall» del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

**Pensión completa desde 12,50 pesetas.**

DIRECTOR PROPIETARIO:

**= D. Manuel del Valle Díaz. =**

**CARLOS COPPEL**



**FÁBRICA DE RELOJES**  
 FUENCARRAL, 27 — MADRID

CERTIFICADO DE  
 GARANTÍA CON  
 CADA RELOJ.

**CALLOS**

Las terribles molestias de los pies, callos y durezas, desaparecen completamente usando sólo tres días el patentado

**UNGÜENTO MÁGICO**

No falla en un solo caso. Pregunte a cuantos le han usado y oirá usted maravillas.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. — Por correo, 2 ptas.

**FARMACIA PUERTO**

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4. MADRID

